

El fantasma de Canterville

Adaptación de la novela de Oscar Wilde
por Guillermina Martínez
Ilustrador: Emmanuel Chierchie



doble
eme

El fantasma de Canterville

1.ª edición 2012

Adaptado por Guillermina Martínez

Director: laies, Gustavo F.

EDIBA LIBROS S. A.

Av. Forest 579 (C1427CEO)

Ciudad Autónoma de Buenos Aires

Tel. 011-4554-9800/7577/8688 – Fax 011-5256-6352

Mail: edibalibros@ediba.com

Wilde, Oscar

El fantasma de Canterville / Oscar Wilde ; adaptado por Guillermina Martínez. - 1.ª ed. - Buenos Aires : Ediba, 2012.

24 p. ; 28 x 21 cm.

ISBN 978-987-583-341-8

1. Narrativa Inglesa. 2. Novela. I. Martínez, Guillermina, adapt. II. Título. CDD 823

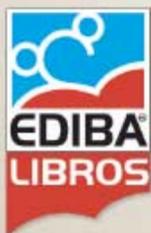
Fecha de catalogación: 06/11/2012

Esta obra se terminó de imprimir en Casano Gráfica S.A.

Ministro Brin 3932 (B1826DFY) Remedios de Escalada

Buenos Aires – Argentina

Impreso en Argentina.



Av. Forest 579 (C1427CEO)

Ciudad Autónoma de Buenos Aires

Tel: 011-4554-9800/7577/8688 - Fax: 011-5256-6352

Mail: edibalibros@ediba.com

© 2013 Ediba Libros S.A.

Queda hecho el depósito que establece la ley 11.723.

Todos los derechos reservados. No se permite la reproducción

parcial o total, el almacenamiento, el alquiler, la transmisión

o la transformación de este libro, en cualquier forma

o por cualquier medio, sea electrónico o mecánico,

mediante fotocopias, digitalización u otros métodos,

sin el permiso previo y escrito del editor.

Su infracción está penada por las leyes 11.723 y 25.446

Índice

1. ¡Bienvenidos al castillo!
2. Fantasma preocupado
3. Intrusos en el castillo
4. Esperar... para asustar
5. Un encuentro inesperado
6. Sueño eterno

Página 4

Página 8

Página 12

Página 16

Página 19

Página 22



doble
eme

¡Bienvenidos al castillo!

1



Hace muchos años se decía que el castillo de Canterville estaba embrujado. Pese a este comentario, Mister Otis, ministro de los Estados Unidos, tenía muchas ganas de comprarlo.

Su dueño, Lord Canterville, le advirtió:

–Querido Otis, le puedo asegurar que los comentarios son verdaderos. Mi tía abuela, la duquesa de Bolton, se llevó el susto de su

vida cuando dos manos de un esqueleto se apoyaron sobre sus hombros. Desde ese día no pudo dormir nunca más una noche completa.

–¡Qué fantástica historia! Ahora me interesa aún más. Le compro el castillo con el fantasma incluido. Ya me imagino las innumerables ofertas que voy a tener. Miles de periodistas querrán la primicia –exclamó Otis.



—El fantasma está en el castillo —siguió afirmando Canterville—. Se lo conoce hace más de tres siglos. Tiene como costumbre aparecer unos días antes de que ocurra alguna muerte en la familia.

—Eso ni me preocupa, los médicos también lo hacen —contestó Otis—. El negocio está cerrado. En unas semanas, yo y mi familia estaremos disfrutando de este hermoso castillo en Inglaterra.

La familia de Mister Otis era norteamericana y estaba compuesta por su mujer Lucrecia, sus hijos mayores Washington y Virginia, y sus gemelos apodados Estrellas y Rayas (símbolos de la bandera de Estados Unidos que llevaban en todas sus prendas).

Los días pasaron y la familia llegó al castillo. Era un día radiante.

Los recibió Umney, el ama de llaves, quien les dio la bienvenida.



Ni bien los Otis pusieron el primer pie en el castillo, el cielo se llenó de nubes negras y comenzó a llover. A ellos no les interesó. Estaban contentos y con muchas ganas de conocer su nueva casa.

Umney los llevó hasta una sala donde estaba todo preparado para tomar el té.

Los Otis miraban asombrados mientras se iban ubicando en la mesa pero, de pronto, Lucrecia dijo:

—¡Cuidado! No pisen que hay una mancha

roja en el piso.

—¡Es sangre! —respondió Umney.

—Yo la limpio, mamá —dijo Washington.

—Eso será imposible. Es la sangre que derramó Lady Leonor de Canterville cuando la asesinó su marido Simón, allá por el 1500. Luego de unos años Simón desapareció. Nunca más se lo vio pero su espíritu permanece en el castillo y hace que esta mancha jamás se pueda limpiar.



—¡Tonterías! —aseguró Otis—. Con un poco de detergente y un buen quitamanchas, mi hijo Washington la limpiará.

Cuando Washington la comenzó a quitar, un ruidoso trueno retumbó en todo el castillo y en ese preciso momento se desmayó Umney.

El matrimonio Otis no le dio importancia a este acontecimiento y ayudó al ama de llaves a levantarse del piso. La mancha ya no estaba.

Mientras recobraba el conocimiento, Umney les dijo:

—¡En los próximos días seremos testigos de una desgracia!

Los Otis ni la escucharon y se fueron a dormir. Umney no logró conciliar el sueño. La tormenta continuó toda la noche. Nada extraño ocurrió, aunque cuando fueron a desayunar a la sala observaron que la mancha había aparecido nuevamente.

Washington volvió a limpiar la mancha y esa noche Umney cerró la puerta de la sala con llave.

Y así pasaron los días: la mancha desaparecía y aparecía misteriosamente. Todos empezaron a creer que el fantasma estaba junto a ellos.

Fantasma preocupado

2



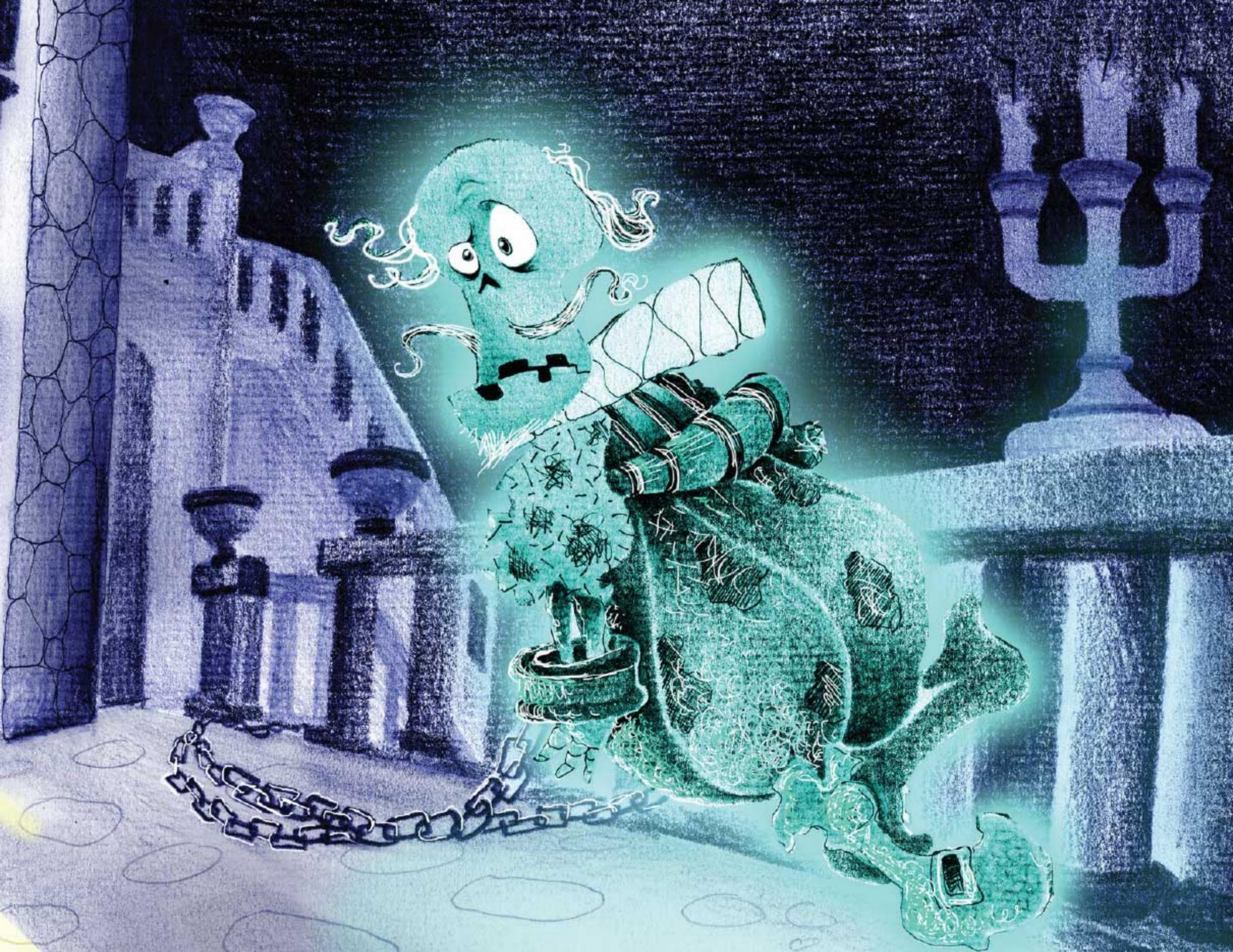
Un nuevo día estaba comenzando y los Otis, luego de desayunar y de corroborar que la mancha en la sala había aparecido nuevamente y que Washington la limpiara, decidieron dar un paseo por los alrededores del castillo.

Volvieron tarde, justo cuando Umney les estaba por servir la cena. Durante la comida dialogaron sobre todo lo que habían conocido y en ningún momento mencionaron ni al supuesto fantasma ni la mancha roja.

Luego de cenar, la familia Otis se fue a dormir. Cuando estaban todos metidos en sus camas apagaron las luces. Minutos más tarde se oyó un fuerte ruido de hierros viejos.

El ministro saltó de la cama, encendió la luz y miró su reloj. Era exactamente la una de la mañana.

El señor Otis jamás perdió la calma. Puso su mano sobre su corazón y notó que latía de manera normal. El ruido extraño continuaba, pero además ahora también se escuchaban aterradores pasos. El señor Otis se puso sus pantuflas y abrió el cajón de su mesita de luz para sacar un frasquito. Caminó hasta la puerta de su habitación, la abrió y vio frente a él un hombre de terrible aspecto. Tenía cabellos grises y desordenados. Su ropa estaba sucia y harapienta. De sus muñecas y de sus tobillos colgaban unas pesadas cadenas.



—Mi buen señor —dijo el ministro Otis—, le pido encarecidamente que engrase sus cadenas. Le presto este frasquito de lubricante que encontré en mi cajón. Si necesita más, me avisa.

Dicho esto, el ministro de los Estados Unidos dejó el frasquito sobre una mesa de mármol, cerró la puerta y se volvió a meter en la cama.

El hombre de terrible aspecto, fantasma de Canterville, permaneció algunos minutos inmóvil. ¡No lo podía creer! Estaba enojadísimo. Respiró profundo y con todas sus fuerzas lanzó el frasquito contra la pared, huyendo velozmente por el pasillo.

Pero de repente chocó con una puerta que abrieron. Cuando se asomó, le golpeó la cabeza una gran almohada lanzada por los gemelos. Más que furioso, apeló a sus virtudes y desapareció.

La casa recobró su tranquilidad. Todos siguieron durmiendo menos el fantasma de Canterville, que se refugió en el sótano. Allí se puso a reflexionar sobre lo que le había ocurrido.

Jamás de los jamases sus víctimas habían dejado de asustarse con su presencia. ¡Era un hecho insólito! La primera vez que le pasaba en su vida de fantasma.

Comenzó a recordar los sustos más sobresalientes que había dado, para darse un poco de ánimo.

Y así, entre recuerdos y anécdotas, se pasó toda la noche llegando a la conclusión de que esta nueva familia norteamericana que habitaba el castillo se merecía un muy buen susto.



Reunida toda la familia en el desayuno se comenzó a charlar sobre lo que había ocurrido a la noche.

El señor Otis estaba indignado porque el fantasma le había roto el frasquito que le había dado tan amablemente.

Los gemelos aún se reían del almohadonazo que le habían tirado.

El resto de la semana transcurrió tranquila y rutinaria.

Lo único que les llamó la atención fue la

reaparición continua de la mancha de sangre, la cual iba cambiando de color.

Todos hablaban de ella, menos Virginia.

El fantasma se preparó e hizo su segunda aparición el domingo por la noche.

Cuando todos estaban metidos en sus camas, se escuchó un fuerte ruido que provenía del comedor. Bajaron todos rápidamente y se encontraron con que una armadura completa se había desprendido de su soporte y caído sobre el piso.



Cerca de allí, sentado en un sillón de alto respaldo, el fantasma de Canterville se acariciaba las rodillas, con una expresión de intenso dolor sobre su cara.

Nadie pudo contener las carcajadas y el fantasma se esfumó bruscamente apagando las luces, muerto de vergüenza.

Una vez en el sótano, se sintió destrozado. Durante varios días estuvo muy triste y no pudo salir del sótano más que lo necesario para mantener en buen estado la mancha de sangre.

Luego de pensarlo y repensarlo decidió intentar asustar a la familia Otis el viernes 17 de agosto. Estuvo muchos días planeando el gran susto. Tenía todo calculado: ropa, gestos, gritos. Había repasado una y mil veces todos los detalles. A la única que no sabía cómo asustarla era a Virginia. Ella nunca le había hecho nada.

Al atardecer comenzó una gran tormenta. El viento era tan fuerte que sacudía y cerraba violentamente puertas y ventanas. Realmente todo estaba dispuesto para que el fantasma, esta vez, sí lo lograra.



Intrusos en el castillo

3



El fantasma tenía todo preparado. Vigilaba a la familia desde el sótano. La tormenta estaba en su máximo esplendor.

Esperó que todos se metieran en sus camas y, cuando creyó que se habían dormido, se le dibujó una maliciosa sonrisa en su rostro. Salió del sótano, se paseó por la sala, subió las escaleras y, en el instante en que iba a entrar a la habitación de Washington, escuchó un extraño ruido. Se dio vuelta espontáneamente y encontró frente a él un horripilante espectro pelado, maloliente y de enormes ojos. No podía salir de su asombro.

Bajó su mirada y vio que el espectro tenía colgado del cuello un cartel con misteriosas palabras. ¡Seguro que eran los nombres de sus víctimas!

¡Empezó a temblar! Pero la curiosidad era más fuerte y siguió mirando: en unas de sus manos llevaba un afiladísimo sable. ¡Esto era demasiado!

Muerto de miedo, se deslizó lo más rápido que pudo por todo el castillo hasta llegar al sótano y meterse adentro de un antiguo baúl.

Lo que sucedía era que el fantasma de Canterville nunca había estado cara a cara con otro fantasma.



Cuando se tranquilizó, salió del baúl.
—¿Qué me pasó? —se preguntaba mientras volaba de lado a lado del sótano—. ¡Soy un Canterville! ¡No puedo temblar! ¡No puedo tener miedo! Mañana hablaré con el espectro.

Al día siguiente, volvió al lugar en el que lo había visto por primera vez. Pero, para su asombro, encontró al intruso totalmente transformado. Estaba tirado sobre la pared. Corrió a abrazarlo para ayudarlo, pero cuando lo hizo, la cabeza del espectro rodó por el suelo. Ahí se dio cuenta de que era una calabaza y de que el cuerpo era una antigua cortina sostenida por el escobillón de la

señora Umney. Un poco confundido todavía, tomó el cartel y leyó:

USTED SE ENCUENTRA ANTE EL FANTASMA OTIS, VERDADERO Y TERRORÍFICO ESPÍRITU DEL CASTILLO.

TENGA CUIDADO CON LAS IMITACIONES. ¡TODOS LOS DEMÁS FANTASMAS SON PURA IMAGINACIÓN!

¡Soltó la cortina y entendió todo! Nuevamente los Otis habían logrado burlarse de él. ¡Qué mal se sentía!



Apretó las mandíbulas y juró vengarse. Regresó al sótano más humillado que nunca. Estaba débil y cansado. Lo que había vivido este último tiempo había alterado sus pensamientos y su estado de ánimo. ¡El más mínimo ruido lo sobresaltaba!

Recién pasados cinco días de no asomar la nariz en el castillo entendió que tenía deberes que cumplir. Como buen fantasma, recorrió el pasillo una vez por semana y soltó su carcajada fantasmal, el primer y tercer miércoles de cada mes, en la ventana más alta del castillo. Pero, antes, tomó sus recaudos para no ser visto: se quitó sus botas, engrasó sus cadenas y se cubrió con una capa. A pesar de todo, los gemelos seguían haciéndole bromas.

Esta vez le cruzaron sogas de lado a lado de la escalera. Cuando el fantasma pisó el primer escalón, perdió el equilibrio y se cayó enredándose de tal manera que necesitó toda una noche para desatarse.

Sin embargo, no se dio por vencido. Preparó un nuevo plan. Decidió caracterizarse como “El Conde sin cabeza”, su más temible personaje.

Estuvo muchas horas preparando el disfraz. Cuidó todos los detalles. Estaba convencido de que les daría su merecido y lograría asustar a la familia Otis.

Cuando terminó, se miró en el espejo y se sintió orgulloso de su caracterización. Salió del sótano, con la cabeza en su mano izquierda, entendiendo que esa era su gran noche.



Recorrió la sala, subió las escaleras y encontró la puerta entreabierta en la habitación de los gemelos. Pensó:

–Los asustaré a ellos primero para que no me arruinen el plan. ¡Haré una entrada fantasmal!

Tomó envión y empujó la puerta con toda la venganza contenida, pero se le vino encima una jarra de agua helada que lo empapó hasta los huesos.

En ese instante, el grito del fantasma y las risas de los gemelos retumbaron en todo el castillo.

La conmoción fue tan grande que regresó al

sótano, mojado y enloquecido.

De nuevo no pudo salir de su habitación por unos cuantos días. Esta vez debido al resfrío que se pescó. Lo único que agradecía era no haber llevado la cabeza puesta, ya que la gripe hubiera sido peor.

Luego de los acontecimientos vividos, se juró no volver a pensar en ningún plan para espantar a los Otis. Solo cumplió con sus deberes de fantasma: se paseó por el comedor, la sala y la escalera envuelto con una abrigada bufanda, porque sus pulmones habían quedado delicados luego del baldazo de agua fría.

Esperar... para asustar

4



Un día cualquiera, cerca del comienzo de la primavera, salió del sótano con la tranquilidad que le daba saber que los gemelos y Washington estaban durmiendo. Esa noche había decidido vestirse como “El sepulturero del cementerio”, recordando viejas épocas en las que ese disfraz lo había ayudado a dar grandes sustos.

Pero justo cuando estaba pintando la mancha en la sala, los gemelos se abalanzaron hacia él por la espalda, gritándole en su oído:

–iiiBuuuuuuuuuuuuuuuuuuuuuuuuuu!!!
iiiBuuuuuuuuuuuuuuuuuuuuuuuuuu!!!

Logró salir en cuatro patas de la sala y, cuando paró, se encontró frente a Washington

que lo esperaba para lanzarle agua con la regadera del jardín.

Atrapado por sus enemigos, se esfumó por la estufa, tratando de llegar al sótano lo más rápido posible para refugiarse.

Desde esa noche no se lo volvió a ver por el castillo. Los gemelos y Washington se quedaron muchas veces esperándolo. Su espíritu de fantasma estaba totalmente herido. Había intentado todo y nada daba resultado.

La vida en el castillo siguió su marcha. Ya nadie hablaba del fantasma ni de la mancha. Cada uno se empezó a dedicar a otras tareas.

El ministro retomó la escritura de su libro



Anécdotas de un demócrata.

La señora Otis organizó fiestas en el castillo para conocer a sus vecinas y tener nuevos temas de conversación.

Los gemelos y Washington se anotaron en un torneo de tenis.

Virginia aprendió a andar a caballo, en compañía del duque de Cheshire, que se encontraba de visita en el castillo.

Todos pensaban que el fantasma se había ido. Y esto era una noticia que valía la pena informar. El ministro Otis le escribió una carta a Canterville describiendo lo que había sucedido.

Canterville le mandó una tarjeta de

felicitaciones por tan loable labor.

Pero la familia Otis estaba muy equivocada. El fantasma no se había ido, es más, estaba juntando fuerzas fantasmagóricas para volver a salir del sótano.

Dichas fuerzas se agrandaron cuando vio al duque, ya que le había hecho recordar días memorables donde la familia Cheshire había sido su víctima.

Por lo tanto, decidió empezar nuevamente asustando al duque.

Seleccionó su disfraz más espeluznante (el del Monje Vampiro) y se dispuso a esperar la mejor oportunidad para espantar a la familia Otis.



Semanas después, Virginia y el duque salieron a cabalgar por el bosque cercano al castillo. En un salto, Virginia se enganchó la camisa con la rama de un árbol, rasgando una de sus mangas, razón por la cual regresaron al castillo.

Entró corriendo por la puerta de atrás para que nadie la viera. Al pasar por delante de la puerta de la cocina, le pareció ver a Umney. Asomó la cabeza para pedirle que le cosiera su camisa. Pero, en la cocina, no encontró a

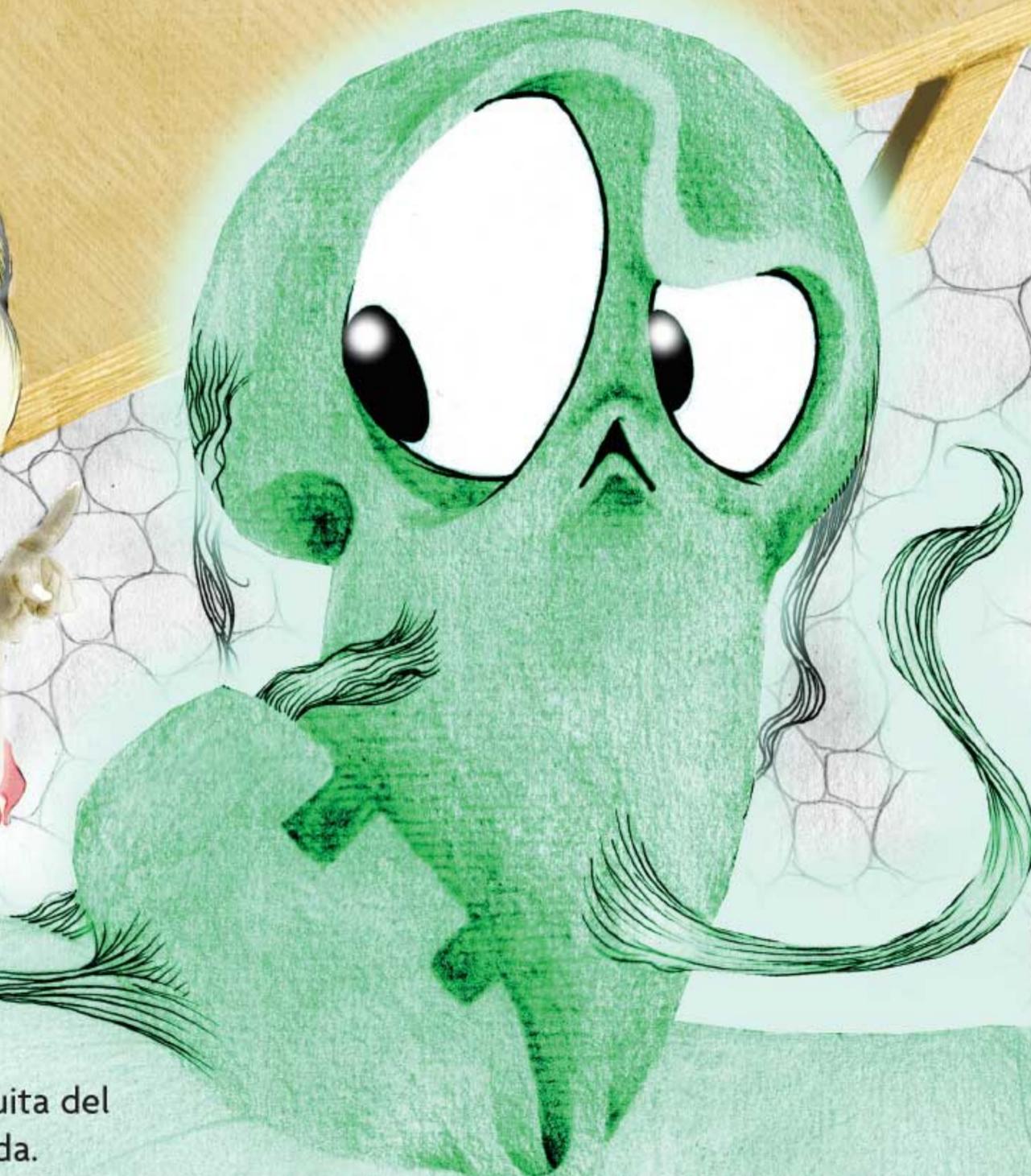
Umney sino al fantasma de Canterville, en vivo y en directo.

Él estaba melancólico, sin ningún disfraz puesto, sentado en el piso. Tenía la cabeza apoyada en una mano. Se mostraba abatido, sin fuerzas, triste.

Virginia no se asustó, no salió corriendo, no gritó. Simplemente caminó muy despacito hacia donde él estaba. Sintió muchas ganas de consolarlo, de abrazarlo.

Un encuentro inesperado

5



Cuando Virginia estuvo cerquita del fantasma, este levantó su mirada.

Los ojos de ambos se encontraron y por unos minutos todo pareció detenerse.

La primera que se animó a hablar fue Virginia:

–¡Lo lamento mucho, señor fantasma! Mis hermanos se han comportado muy mal con usted –dijo con una suave voz mientras se agachaba para estar a la misma altura.

–¡No sabés lo terrible que lo he pasado! –se lamentó el fantasma un poco sorprendido de que la joven no se hubiese asustado y mucho más de que le estuviera hablando.

–¡Me imagino! Pero, para su tranquilidad, le cuento que mañana mis tres hermanos se

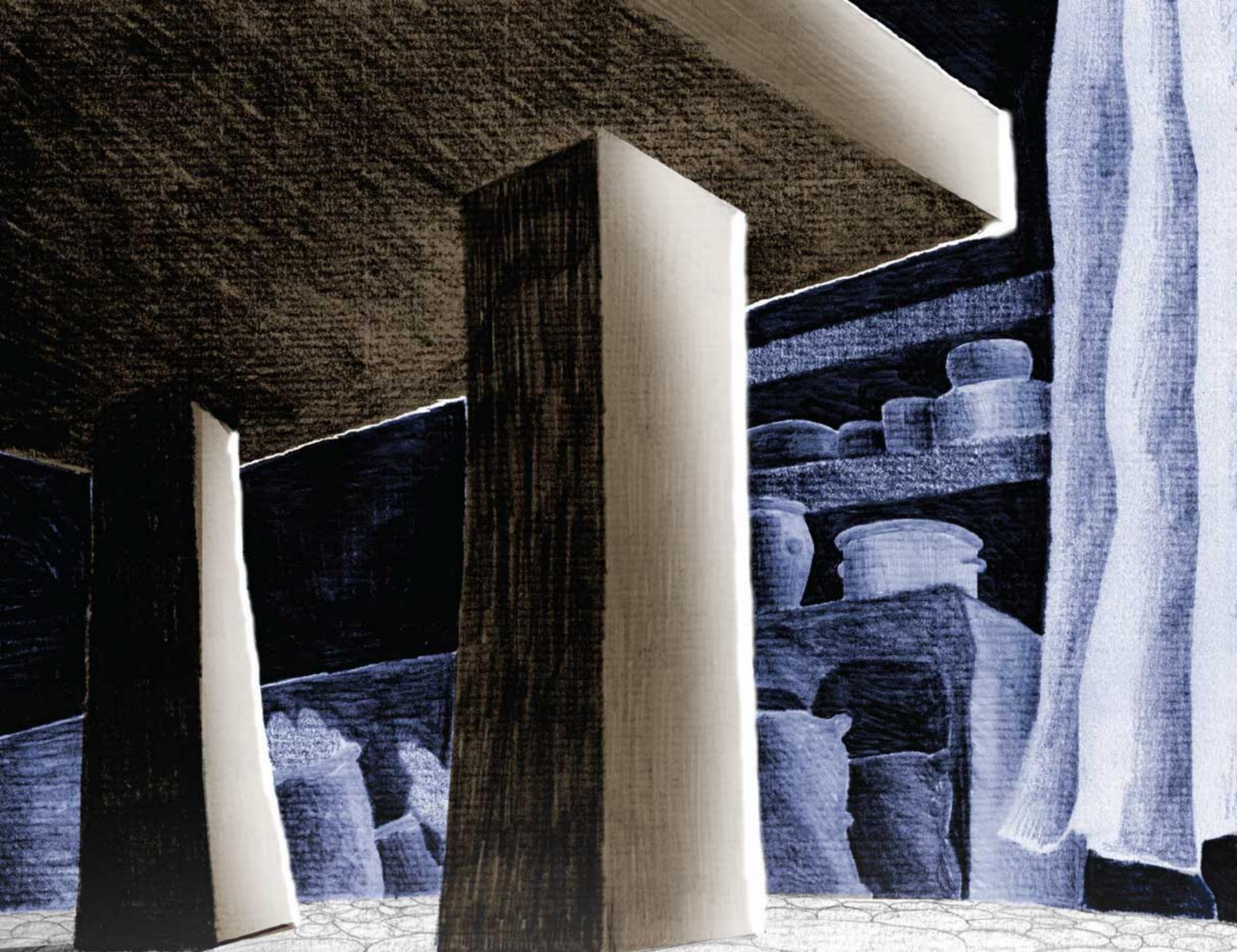
van de viaje. Si usted se porta bien, nadie lo molestará –le aseguró Virginia.

–No me puede pedir eso. Uno de mis deberes como fantasma es portarme mal –aseguró el fantasma.

–Eso no lo justifica. Usted se ha portado muy, pero muy mal. La señora Umney nos contó que mató a su esposa.

–¡Cosas de familia!, ¡era insoportable! –dijo por lo bajo el fantasma.

–Bueno, será cuestión de que cambie de trabajo o de que comience a portarse mejor. ¿Tiene hambre? –preguntó Virginia–. Le puedo preparar un sándwich.



–No, gracias. ¡Es usted mucho más amable que el resto de su horrible y ladrona familia! –respondió el fantasma.

–¡Basta! –gritó Virginia levantándose del piso–. El horrible y el ladrón es usted. Bien sabe que yo me di cuenta de que me sacó mi caja de colores para pintar una y otra vez la mancha de sangre de la sala. Y nunca dije nada.

–¡Y bueno! –dijo el fantasma con cierta dulzura–. No me quedaba otra salida. En los tiempos que corren es difícilísimo conseguir sangre verdadera.

–Me tengo que ir. Voy a pedirle a mi papá que le dé unas semanas más de vacaciones a

mis hermanos –afirmó la joven.

–¡No se vaya, señorita Virginia! –suplicó el fantasma–. Estoy muy solo. Desearía ir a dormir pero ni eso puedo.

–Pero... ¿cómo que no puede dormir? Es facilísimo. Hasta los gemelos lo hacen bien. Solo tiene que meterse en su cama y apagar la luz.

–Hace tres siglos que no duermo –dijo tristemente el fantasma, logrando que Virginia abriera enormemente sus ojos–. ¡Estoy cansadísimo!

Virginia nuevamente se arrodilló junto al fantasma. Contemplando su arrugado rostro, dijo, en voz baja:

–¡Pobrecito fantasma!, ¿no existe algún



lugar donde usted pueda dormir?

—Sí, pasando el bosque, hay una verde pradera. El pasto crece en ella y si allí uno se recuesta puede ver las estrellas más luminosas del cielo.

Los ojos de Virginia se llenaron de lágrimas; tomó aire y dijo:

—¡Es el jardín de los sueños!

—Sí, así es. Quiero estar allí y que me envuelvan bonitos sueños. Olvidarme de las pesadillas. Dejar de asustar y de ser asustado. ¡Usted puede ayudarme!, porque regala buenos modales y ellos son más fuertes que los sustos y las agresiones.

Virginia pensaba. No podía creer lo que estaba viviendo. Entonces el fantasma tomó

de nuevo la palabra:

—¿Leyó alguna vez la profecía escrita en el vidrio de la ventana de la biblioteca?

—¡Sí, muchas veces! —exclamó la muchacha. Me la sé de memoria. Dice:

“Cuando una dulce joven logre dialogar y acompañar al más furioso espectro al jardín de los sueños, pudiendo regresar cuando ambos se encuentren en una mirada; entonces, toda la casa recobrará la tranquilidad y volverá la paz a Canterville”. Virginia no habló más, entendió todo.

Sueño eterno

6



Luego de unos minutos de sepulcral silencio, el fantasma tomó de la mano a Virginia. Juntos se levantaron del piso y comenzaron a caminar por un extenso pasillo del castillo.

De un cuadro colgado en la pared salían voces que le advertían:

–¡No vayas, Virginia! ¡Regresá!

La joven no las oyó y tomó con más fuerzas la helada mano del fantasma.

La pared del fondo desapareció, convirtiéndose en un misterioso túnel oscuro.

–¡Vamos, vamos! –insistió el fantasma.

Y sin pensarlo, juntos, se introdujeron en el interior del túnel mientras una pared se cerraba detrás de ellos.

Ese sector del castillo quedó en total silencio.

Cuando la familia se reunió para tomar la merienda, se dieron cuenta de que faltaba Virginia. La comenzaron a buscar. Nadie la había visto.

Todos estaban preocupados. Era muy raro que Virginia no apareciera. Era una joven que jamás hacía travesuras.

El ministro y el duque decidieron salir a buscarla. Ensillaron sus caballos y empezaron a cabalgar.

La buscaron por todos lados: en el bosque, en la estación de trenes, en el campamento de los gitanos y en el pueblo más cercano.

Todo resultó en vano. Era evidente que Virginia había desaparecido, al menos por aquella noche. El duque y el ministro entraron al castillo, abatidos. Allí estaba Lucrecia, casi



loca de espanto, contenida por Umney.

La cena transcurrió tristísima. Hasta los gemelos parecían conmovidos, ellos la querían mucho a Virginia.

Cuando terminaron la comida, el ministro Otis los mandó a todos a dormir. No se podía hacer otra cosa. Al día siguiente, contrataría a unos detectives.

Mientras cada uno se disponía a ir a su habitación, sonaron las campanas del reloj, anunciando las doce de la noche. Un espantoso trueno retumbó en el castillo y una melodía para nada terrenal se escuchó en el aire.

Una cortina se descolgó y detrás de ella apareció Virginia, totalmente pálida y con un cofre entre sus manos.

La señora Otis la abrazó amorosamente. El duque le dio un gran beso y los gemelos bailaban de alegría alrededor.

—¡Querida mía! ¿Dónde te habías escondido?— preguntó el ministro un tanto enojado.

—Papá —dijo suavemente Virginia—, he estado con el fantasma. Se ha dormido para siempre. Sería bueno que vayan a verlo. Me dejó este cofre con joyas muy valiosas de sus víctimas.

En seguida los llevó hasta el sótano, donde estaba el fantasma durmiendo, eternamente, en el baúl.

Lo rodearon y entre todos decidieron organizarle la despedida que se merecía, luego de haber trabajado por más de trescientos años.



Durante siete días y siete noches, llegaron al castillo personalidades de todo el mundo. La noticia figuró en la tapa de todos los diarios.

Lord Canterville viajó especialmente para felicitar a la familia.

Virginia le entregó el cofre con las joyas que el fantasma le había dado. A lo que él dijo:

–Querida Virginia, todos los Canterville reconocemos tu valor. Has sido tan audaz que estas joyas te pertenecen.

Terminadas estas palabras, juntos cerraron el baúl con varios candados y lo colocaron sobre la mancha de sangre que tanto trabajo le había costado mantener al fantasma. Ese lugar se convirtió en la sala del sueño eterno del fantasma.

Luego de unos meses de este episodio, Virginia y el duque se casaron. Después de la luna de miel, se instalaron en el castillo para comenzar su vida matrimonial, no sin antes pasar primero por la sala del sueño eterno.

Allí el duque miró a Virginia y le dijo:

–Una esposa no debe tener secretos con su marido y jamás me has contado lo que sucedió cuando el fantasma y tú desaparecieron.

–Eso no te lo puedo contar –respondió Virginia–, jamás lo traicionaré. ¡Imaginate si se despierta y continúa con sus andanzas!

Juntos empezaron a reírse y se dieron un largo beso sabiendo el duque que Virginia jamás develaría el secreto.

FIN